

VOCES DESCOLONIZADORAS

Cuaderno 1



**MI CUERPO
ES UN TERRITORIO POLITICO**

Dorotea Gómez Grijalva

**BRECHA LESBICA
2012**

Dorotea Gómez Grijalva
Maya k'iche. Maestra en Antropología social.

BRECHA LESBICA
2012

“Viví unos años con el dilema si ser mujer maya y feminista es contradictorio o no. Me daba terror pensar que por asumirme feminista, perdería amistades valiosas de otras mujeres mayas que señalaban al feminismo de racista.

Me hice consciente de que el lesbianismo como la homosexualidad, han existido históricamente en la dinámica de las sociedades, independientemente si son europeas o no.

Decidí asumirme-vivirme lesbiana-feminista, porque para mí ser lesbiana adquirió un significado especial en mi opción política y espiritual, de apostarle a la descolonización patriarcal desde mi cuerpo y mi sexualidad.

(...)

Y de esta manera, me propongo seguir respetando la particularidad del estilo rítmico y vibrante de este cuerpo con que toco la vida.”

Dorotea Gómez Grijalva

*

Este texto es el primero que presenta Brecha Lésbica en su colección Voces descolonizadoras. Es un honor contar aquí con el trabajo de Dorotea Gómez Grijalva, mujer Maya k'iche', maestra en Antropología social. En este texto poderoso, después de recordarnos algunos datos claves de la histórica política guatemalteca, nos cuenta el largo trabajo y recorrido que la llevó a asumir su cuerpo como territorio político. Encontrarán aquí un análisis profundo y crítico de una feminista y lesbiana, sobre el lesbianismo y el feminismo, así como acerca del racismo y clasismo en Guatemala y en otras partes del mundo, hoy.

Brecha Lésbica

MI CUERPO ES UN TERRITORIO POLITICO*



Mi infancia y adolescencia la viví en el departamento de El Quiché, Guatemala. Este período de mi vida estuvo marcado por un conflicto armado interno que estalló desde inicios de la década de 1960 y que afectó a la sociedad guatemalteca durante 36 años. Este conflicto armado interno, se originó por la profunda insatisfacción de importantes sectores de la sociedad civil que optaron por organizarse militar y/o socialmente, constituyéndose en una oposición social contra el carácter autoritario del Estado guatemalteco y para eliminar la explotación de la población rural, mayoritariamente indígena.

Fenómenos como la injusticia y el racismo estructural, el cierre de los espacios políticos, la profundización de una institucionalidad excluyente y antidemocrática, así como la resistencia a impulsar reformas sustantivas orientadas a reducir los conflictos estructurales, constituyen entre otros, los factores que determinaron el origen y consecuente estallido del conflicto armado interno.

Durante el periodo más violento y sanguinario de todo el conflicto armado interno (1978-1985), los operativos militares se concentraron en Quiché, Huehuetenango, Chimaltenango, Alta y Baja Verapaz, en la Costa Sur y la capital. Las víctimas fueron mayoritariamente población maya y en menor proporción ladina/mestiza. El ejército guatemalteco, en respuesta a la ampliación del campo de operaciones de la guerrilla e inspirado en la Doctrina de Seguridad Nacional, en su concepto de enemigo interno definió a las personas descendientes mayas como guerrilleras. La consecuencia de

ello fue la agresión masiva e indiscriminada contra las comunidades mayas.

En ese período más de 626 comunidades de origen maya fueron exterminadas, más de 200,000 personas fueron asesinadas, aproximadamente 900,000 personas se refugiaron en otros países, miles desaparecieron y más de un millón se desplazaron dentro del país(1). El departamento de El Quiché, fue uno de los más afectados. El Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico -CEH- indica que del total de las víctimas identificadas, 83% eran mayas y 17% ladinos. A la vez señala que el Estado a través del Ejército cometió el 93% de estos actos de barbarie durante el conflicto.

De esa cuenta el ejército guatemalteco ejecutó operaciones contrainsurgentes entre las que destacan masacres comunitarias, política de tierra arrasada, violaciones sexuales colectivas a mujeres, secuestros, desapariciones y ejecuciones extrajudiciales, para desarticular las bases sociales de la insurgencia pero también para desestructurar los mecanismos de la identidad de las y los mayas y la cohesión social que facilitaba las acciones comunitarias. En el último periodo (1986-1996) las acciones represivas tuvieron un carácter selectivo, afectando casi por igual a población maya y ladina.

En cuanto a mi adscripción étnica, por muchas razones utilizó el término Maya en vez del indígena para auto identificarme como descendiente de los pueblos mayas. Entre las razones más relevantes, puedo citar las siguientes: a) es una decisión político-personal para contrarrestar la idea prevalente en el imaginario social guatemalteco, de que los mayas ya no existimos o que en todo caso nuestros antepasados se fueron a Marte; b) para reafirmar mi conciencia política respecto a los derechos étnicos frente al Estado y a la sociedad guatemalteca.

Por otro lado, por la importancia política que cobra la reafirmación de la conciencia política en cuanto a los derechos étnicos frente al Estado y la sociedad guatemalteca, muchas mujeres y hombres descendientes de los mayas asumen este término para su identificación étnica. Pero hay una gran mayoría que se identifica como indígena o con el nombre del pueblo al que pertenecen, por ejemplo: mam, q'anjob'al, ixil, k'iche', q'eqchi', tzutujil, etc. Para los propósitos de este texto, hago la aclaración que en su contenido utilizaré la palabra maya o la palabra indígena para referirme a las y los descendientes de los pueblos Maya. En Guatemala, habitan también los pueblos Garinagu (afrodescendientes) y Xinca, los cuales poblacionalmente son menos numerosos que los Maya (2).

¿Por qué nombrar mi cuerpo como territorio político?

Porque en sintonía con la feminista dominicana Yuderkys Espinosa (2010) y la feminista chilena Margarita Pisano (2010), asumo a mi cuerpo como territorio político debido a que lo comprendo como histórico y no biológico. Y en consecuencia asumo que ha sido nombrado y construido a partir de ideologías, discursos e ideas que han justificado su opresión, su explotación, su sometimiento, su enajenación y su devaluación. De esa cuenta, reconozco a mi cuerpo como un territorio con historia, memoria y conocimientos, tanto ancestrales como propios de mi historia personal.

Por otro lado considero mi cuerpo como el territorio político que en este espacio tiempo puedo realmente habitar, a partir de mi decisión de re-pensarme y de construir una historia propia desde una postura reflexiva, crítica y constructiva.

Este proceso de habitar mi cuerpo ha adquirido una dimensión holística, puesto que lo he venido haciendo cada vez más desde una perspectiva integral, trenzando las dimensiones emocional, espiritual y racional. No considero que haya jerarquías entre ellas porque las tres dimensiones son igualmente importantes para revalorizar el sentido y la forma co-

mo quiero tocar la vida a través de este cuerpo, como dice Margarita Pisano (2010), en especial para renunciar a los mandatos que impone el sistema patriarcal, racista y heterossexual que imperan en la sociedad guatemalteca y a nivel mundial.

Esta conciencia holística sobre mi cuerpo, es resultado de un largo y profundo proceso de introspección que he venido realizando desde hace muchos años, especialmente para comprender la raíz de las enfermedades que me afectaban, de las cuales citaré algunos ejemplos en este artículo. Este proceso también me ha permitido comprender los miedos que me paralizaban e identificar el motor que me fortalecía para ir tras mis sueños.

Entre los 6 y 18 años de edad, coincidiendo con los años más violentos del conflicto armado interno, en mi piel brotó una alergia que se expandió insoportable e incómodamente por casi todo mi cuerpo. Los médicos con quienes mi mamá y papá pudieron llevarme, coincidían en diagnosticar que tal alergia era producto de la intolerancia de mi organismo a los alimentos irritantes y grasos como el café, el chile, carne de cerdo, etc., así como a los rayos del sol. De esa cuenta suprimieron de mi dieta diaria un sinnúmero de alimentos que yo adoraba degustar como el café, e indicaron cubrir mi cuerpo de una manera muy exagerada, para que los rayos del sol no le cayeran directamente.

Durante este período la idea de estudiar en vez de tener hijos y casarme iba madurando en mis adentros. Durante los 3 años de estudios básicos me sentía presionada y controlada por las actitudes agresivas que los jóvenes ejercían sobre mí, para que aceptara establecer relaciones “amorosas” con ellos, algunos hasta me insultaban en las calles, porque yo los rechazaba.

Muchas compañeras de estudios resultaron embarazadas y se vieron forzadas a casarse. La idea de interrumpir el emba-

razo ni siquiera se mencionaba. Me entristecía ver truncados sus sueños de estudiar, porque se casaban a tan corta edad.

Además veía que casi ninguna mujer casada era feliz. La mayoría vivían bajo el control de sus esposos, abundaban las historias de mujeres golpeadas por celos, por no servir la comida a tiempo, porque se enfermaban los hijos, por el alcoholismo de sus hijos o porque resultaban embarazadas sus hijas. En fin, muchos motivos servían de excusa para propinarles golpes e insultos.

Con toda esa realidad que me envolvía, yo ya había renunciado a ser mamá y al matrimonio. Me parecía más atractivo y desafiante seguir estudiando, por eso a los 15 años de edad logré convencer a mi mamá y mi papá, para que me apoyaran a migrar de Santa Cruz de El Quiché a la ciudad capital de Guatemala para poder realizar estudios de diversificado o preuniversitario.

Esta experiencia en la ciudad capital fue hostil, agresiva, excluyente y discriminadora. En los buses, en las calles y en la escuela, muchas personas ladinas/mestizas (3) me miraban con desprecio, me insultaban con expresiones racistas, me agredían con sus miradas y con sus actitudes. En la escuela y en la casa donde me hospedaba, las personas me trataban con desconfianza, me interrogaban para saber si era contagiosa la alergia que afectaba mi piel.

Ante la hostilidad racista que cotidianamente vivía, yo lograba imponerme y lidiaba con bastante convicción porque lo entendía como producto de la ignorancia y la enajenación. Pero sin embargo, no podía lidiar con el desánimo y la angustia por las actitudes de discriminación, rechazo y desconfianza de mis compañeras de estudio, que eran mucho más fuertes hacia mí, por miedo a contagiarse de la alergia que me afectaba. Y no encontrar cura a esa alergia hacía más pesada la soledad que vivía en esta ciudad capital tan frívola, racista y violenta.

Sin embargo, a los 17 años, visité a una dermatóloga que luego de revisarme, procedió a hacerme una larga lista de preguntas sobre la trayectoria de mi vida y la de mi familia. Finalizada la entrevista concluyó que la causa de dicha alergia, eran los traumas y las rupturas que viví a mis cinco años, causados por el conflicto armado interno. De esa cuenta me sugirió buscar apoyo psicológico, para procesar las tristezas que enfermaban mi piel.

Me fui de la clínica con una interrogante en mayúscula sobre cómo tener acceso a ese apoyo psicológico, si no tenía recursos económicos para pagarlo, y mucho menos si no conocía profesionales de ese campo en quienes yo confiara. Como era estudiante de magisterio, busqué a la profesora de la asignatura de psicología y le solicité que me sugiriera bibliografía de autoayuda emocional.

Durante los siguientes dos años, me fui acercando a gran variedad de textos de las diversas corrientes psicológicas y conforme me los devoraba, fui tocando conscientemente las heridas que me había provocado el conflicto armado. Identifiqué el dolor que se había instalado en mi alma, palpé mis tristezas que forzosamente silencié en mi memoria y las escribí en papel.

Ese proceso me conectó con los otros tipos de violencia que habían afectado y seguían afectando mi vida, violencias que no necesariamente estaban relacionadas con el conflicto armado, sino con las relaciones de poder-opresión en mi familia, en mi entorno tanto en Santa Cruz de El Quiché como en la ciudad capital, todos estrechamente relacionados con mi condición de ser mujer y de ser maya.

Conforme fui aplicando los ejercicios de sanación emocional que contenían los libros, logré desahogar mis tristezas. Liberé el dolor que estaba guardando dentro de mi cuerpo cada vez que lo escribía. Así fui reconociendo que mis traumas

sobre migraciones y separaciones familiares forzadas durante el conflicto armado, los podía recordar sin la carga trágica del dolor, si me conectaba con mi alegría y deseo de vivir mi presente. Principalmente para ir tras mis objetivos y metas que más ilusión me provocaban, eso sí sin perder mi criticidad ante las atrocidades del conflicto armado.

Paralelo a los ejercicios de psicología busqué orientación de naturistas, quienes me sugirieron plantas con las que podía tratar las heridas de la alergia en mi piel. Además construí amistad con una de mis maestras de secundaria que mostraba interés y aprecio por mí y con compañeras de estudio que actuaron solidariamente conmigo. Con ellas logré compartir esa parte de mi historia y ellas me fueron compartiendo las suyas. Ese intercambio de vidas contribuyó a que entre nosotras nos animáramos a desafiar las limitaciones y desconfianzas que identificábamos y, de esta manera, hacer realidad nuestros proyectos personales.

Fui descubriendo que cada una de mis amigas tenía su propia historia, pero a la vez reconocí que como mujeres nuestras vidas tenían muchas cosas en común. Por ejemplo veía que casi todas éramos objeto de violencia en la familia porque nos rebelábamos a servir a los hombres de nuestras casas; casi todas sufríamos la desvalorización cotidiana de nuestro trabajo; en nuestras casas nos tildaban de haraganas a pesar de que éramos las responsables de hacer la comida, cuidar a los hermanos pequeños, lavar la ropa de los demás hermanos y limpiar la casa.

Aunque muchas vivíamos resguardando nuestros cuerpos, escondiéndolos lo más que podíamos para que no nos manosearan en las calles y en los buses, de todas maneras los hombres nos asediaban y manoseaban nuestros cuerpos a su antojo. La mayoría fuimos educadas para esconder toda evidencia de nuestros períodos menstruales y cuando menstruábamos sentíamos asco y vergüenza.

Después de los horarios de clase, con estas amigas nos quedábamos hablando de nuestras vidas y poco a poco fuimos compartiendo nuestras rebeldías y aprendiendo unas de las otras, escuchándonos y dándonos consejos. Eso lo hacíamos para perder el miedo al fastidioso asedio que muchos hombres ejercían sobre nosotras, también para negociar proyectos con nuestras mamás y papás, así como para sanar heridas de mal de amores con los novios.

En nuestras conversaciones nos reíamos y llorábamos de los agravios que vivíamos y, al menos cuando estábamos juntas, inventábamos un mundo que nos acogía y nos motivaba a seguir soñando con una vida mejor.

Esos cuatro años de convivencia e intercambio con mis amigas, fueron muy enriquecedores para las búsquedas de comprensión de mí misma, así como para iniciar mi reencuentro, renunciando a hechos de mi pasado que no me ayudaban a fortalecerme. Un paso fundamental fue haber logrado romper con algunos de mis silencios aprendidos, los cuales me enfermaban, empecé a confiar y a compartir parte de mi vida.

Aproximadamente 13 años después de haber brotado la alergia en mi piel, me hice consciente de las tristezas y traumas que instaló en mi cuerpo el conflicto armado, lo cual me ayudó mucho a recuperar la salud de mi piel. Concluí la secundaria dispuesta a encontrar trabajo asalariado o remunerado formal para continuar mis estudios universitarios y seguir caminando con independencia emocional y económica.

A los 21 años, por fuertes dolores en el intestino grueso y gripes crónicas que me atacaban todos los meses, decidí consultar a un médico de medicina general, porque la medicina natural no me daba resultados. Estando en consulta con este médico, tuve que responderle una serie de preguntas sobre mi vida. Indagó sobre cómo era mi relación con mi mamá y mi papá, con qué hermanos me llevaba mejor y con quienes tenía discrepancias y por qué. Me preguntó sobre mi relación

con mis hermanas y sobre los oficios y responsabilidades entre mujeres y hombres en mi casa.

Preguntó sobre qué y cómo comía, sobre mi trabajo y la gente con quien trabajaba, sobre el lugar donde vivía, un sinfín de datos sobre mi vida, que yo no entendía en qué le servían al médico para comprender mis padecimientos físicos. Y mi sorpresa fue escuchar que mis padecimientos físicos estaban estrechamente relacionados con la forma en que estaba procesando mis emociones de tristeza, de enojo, de impotencia, de miedo y de incertidumbre.

Me recomendó llorar por todo lo que no había llorado desde que nací. También me puso de ejercicio observar y sentir la reacción de mi cuerpo con el agua al bañarme, como una manera de dedicarme tiempo para aprender a sentir y comprender lo que mi cuerpo sentía.

Me sugirió modificar algunos aspectos en mi dieta alimenticia, pero sobre todo me motivó a retomar la elaboración de mis propias comidas diarias. E insistió en que buscara apoyo terapéutico para revisar los conflictos que más me angustiaban con mi mamá y papá, hermanos y hermanas. Para completar la receta, me estimuló a dedicar una hora para cada tiempo de comida y practicar el deporte que más me gustaba.

Otra vez me quedé sin saber qué hacer, por qué o para qué llorar, aparentemente lo tenía todo resuelto, pero solo en mi cabeza. Así que empecé por lo más práctico, dedicar tiempo para cocinar mis propios alimentos y comer tranquilamente, aunque para eso tuve que reorganizar mejor mi tiempo.

Justo en ese lapso, trabajé en un proyecto de investigación, para conocer la experiencia organizativa de las mujeres que se habían refugiado en México y estaban retornando a Guatemala. Yo formé parte de un equipo de investigación donde participaban dos colegas, quienes hablaban mucho de sus reflexiones feministas, compartían cómo fueron conociendo

sus cuerpos y cómo lograban reconciliarse con su ser mujer, al revisar los nudos más conflictivos con sus mamás.

Estas investigadoras, a veces citaban ideas de autoras que les hicieron reflexionar sobre sus cuerpos y la forma como vivían sus relaciones eróticas con los hombres, también sobre las tensiones con sus mamás por la forma como ellas decidieron vivir sus vidas. Yo les fui compartiendo mi vida también, y al contarles sobre mí, vivía una especie de eco en mis adentros y fui creando diálogos complejos conmigo. Cada día pensaba y reflexionaba mucho sobre mi propia vida y como había sido mi vida con la familia consanguínea donde nací.

Aprovecho para matizar que este intercambio de experiencias con estas colegas feministas no siempre fue armonioso, sobre todo porque a mi modo de ver, una de ellas tenía una visión esencialista sobre el *ser mujer maya*. La postura de esta colega feminista me desconcertaba porque, por un lado reivindicaba a las mujeres como diversas y heterogéneas en oposición a la postura patriarcal que nos universaliza en *la mujer*, pero, por otro lado censuraba mi manera particular de ser maya. Llegó al extremo de juzgar mis hábitos alimenticios y cuestionó haberme cortado mi pelo con un estilo, según ella, *muy ladino*. De acuerdo a su mirada, yo estaba *ladinizándome* –dejando de ser maya– por mis prácticas y estilo de vida.

Las actitudes esencialistas y de censura de esta colega feminista, poco se diferenciaban del esencialismo de lideresas y líderes del movimiento indígena/maya conservador, quienes también desaprobaban y excluían a mujeres mayas que, como yo, rompíamos con el patrón establecido para *la mujer maya*. Me indignaban estas formas de pensar porque a pesar de que tenía claro racionalmente que la riqueza de las identidades y las culturas es su carácter dinámico y cambiante, me generaban cierto conflicto.

Procederes como los de esta colega feminista, me hicieron dudar del feminismo como propuesta política y de cuestionamiento al sistema patriarcal vigente. Sin embargo, y pesar de mis recelos, me interesé por leer literatura feminista, pero con distancia.

Por algún tiempo creí que el “feminismo” no dialogaba con mis preocupaciones, mis reflexiones contra el racismo y con mis reivindicaciones étnicas. Pero tampoco me sentía incluida en el discurso indígena/maya dominante. Me desilusionaban el machismo o el racismo internalizado en quienes yo creía poder encontrar mínimos de complicidad y diálogos horizontales.

Viví unos años con el dilema si ser mujer maya y feminista es contradictorio o no, me daba terror pensar que por asumirme feminista perdería amistades valiosas de otras mujeres mayas que señalaban al feminismo de racista.

En el año 2003, trabajé en la Secretaría Presidencial de la Mujer –SEPREM–, instancia que tiene como principal responsabilidad velar que las políticas públicas respondan a las demandas y necesidades de las mujeres guatemaltecas. Quien era Secretaria presidencial es una reconocida feminista en el movimiento de mujeres en Guatemala. Sin embargo me indignó ver que se relacionaba con sus subalternas con procedimientos autoritarios y racistas. En más de una ocasión comentó que la inclusión de la perspectiva “étnica” en las auditorías y reformas a las políticas públicas debía ser preocupación de las comisiones indígenas ya existentes en otras estructuras del Estado, o que al enfocar el trabajo de la SEPREM en la perspectiva de género se incluía a todas las mujeres sin distinciones étnicas.

Semejantes aseveraciones, no me sorprendían, pero sí me instigaban a desentenderme del feminismo y a seguir los pasos de otras mujeres que lo satanizaron en sus vidas. Sin embargo opté por buscar más información, me dispuse a dialo-

gar con feministas mayas y mestizas que, aunque cuestionaban el racismo de algunas feministas en Guatemala, reconocían al feminismo como una propuesta política que les ayudaba a concebirse como sujetas políticas y a rebelarse cada vez más a los mandatos impuestos que controlaban nuestra manera de pensar y sentir.

Por otro lado me fui interesando en la literatura escrita por feministas de distintas partes del mundo. Con ellas también inicié diálogos profundos e intensos, que a veces sentía que no podía compaginar sus ideas con la adversa realidad que yo vivía. Pero al mismo tiempo me reconfortaba saber que tanto en Guatemala como fuera de ella, había otras mujeres que tenían sueños parecidos a los míos y que desafiaban los poderes masculinos, la ideología del sistema patriarcal y racista, como yo también lo hacía.

A través de esta literatura, también logré comprender con mayor claridad los conflictos que tenía con mi mamá, la fui entendiendo y entendiéndome. Pude reconocer las cualidades que yo había heredado de mi mamá, pero también las trampas **del deber ser para los otros y otras**, que aunque no me gustaba toda esa lógica, sí la tenía bien anidada en mi memoria emocional y corporal.

Entre mis búsquedas a solas o en diálogo con otras amigas, finalmente comprendí y reconocí que ni todos los análisis feministas son etnocéntricos, eurocéntricos y mucho menos todas las feministas son racistas o etnocéntricas. Esa certeza me ayudó a avanzar en mi recorrido con y dentro de los diversos feminismos, pacientemente empecé a identificar con cuáles feminismos puedo caminar y con cuáles no.

Fui convenciéndome que ser feminista es un proceso de constantes búsquedas, replanteamientos y sinceramientos, que la existencia de pensamientos y actitudes racistas en muchas feministas no tendría que ser justificación para soslayar los ricos aportes de los diversos feminismos que nos posibilitan

re-pensarnos y asumirnos como sujetas pensantes-actuales como lo diría Margarita Pisano.

En este camino de búsquedas y re-encuentros, valoro mis experiencias laborales donde conocí a feministas que me compartieron ideas y referencias bibliográficas, con las que pude dar un salto cualitativo en la comprensión teórica del feminismo. La apropiación e hilación de teorías y conceptos del feminismo le dio sustento político a mi manera irreverente de existir en este mundo. Fui comprendiendo que no era, ni muchos menos soy, la única mujer que rompe con las imposiciones que inhiben nuestra libertad de ser personas humanamente libres, únicas y completas.

Cuando me atreví a leer y dialogar con diversas feministas, deje de despolitizar el uso de **la categoría género** en mi proyección profesional, y le di un giro significativo a lo que había aprendido en mi experiencia de trabajo en ONGs, donde reducían la categoría género a sinónimo de trabajo con mujeres. Aprendí a reconocer a dicha categoría como uno de los aportes valiosos que nos ha heredado el feminismo, especialmente para el análisis y comprensión de las relaciones de poder entre hombres y mujeres.

Pasado el tiempo y en cuanto tuve oportunidad de tener salarios que me permitían cubrir gastos de terapia emocional, busqué a profesionales que me la brindaron. A través de esta experiencia fui aprendiendo a conocer mejor el lenguaje de mi cuerpo, a sentir y comprender mis emociones y no a dominarlas con mi razón cada vez más fundamentada teóricamente.

Así descubrí que comprender racionalmente y dialogar con diversas teorías feministas, no era suficiente para dejar de oprimir y violentar mi cuerpo, o para dejar de sacrificarme por las y los demás, poniendo en segundo plano mis proyectos y deseos. Cada vez me fui convenciendo que era necesario dedicar tiempo para procesar emocionalmente mis re-

flexiones racionales sobre mi existencia como mujer.

No fue fácil ver en mi propio espejo lo poco que aplicaba de los aportes de las teorías feministas en la comprensión y cuidado de mi cuerpo. Muchas veces me asaltó la duda si seguir o no con la terapia, porque me asustaba mucho descubrir mis contradicciones, o más bien mis incoherencias entre el discurso y práctica conmigo. Sin embargo la idea de suspender el viaje iniciado hacia mi mundo emocional, tampoco me convencía.

Abandonar este viaje, lo intuía como una gran pérdida por tanto aunque me dolía reconocermé con aciertos y errores, me convencí a seguir y asumí ese proceso con responsabilidad y constancia.

Este proceso de sanación emocional lo fui haciendo al mismo tiempo en que ahondaba en mis lecturas y reflexiones feministas. Paralelo a este proceso en el 2000, fortalecí mi amistad cómplice con Adela Delgado, amiga maya q'eqchi' que se asumía lesbiana-feminista. Aunque en espacios laborales, había trabajado con algunas lesbianas no siempre ahondamos en las implicaciones de su ser lesbianas en su proyección laboral, profesional, política y social.

Por tanto, en el marco de mi amistad con Adela, me interesé por saber qué significaba para ella mujer maya q'eqchi' ser lesbiana feminista. Quería comprender como Adela lidiaba-vivía con sus identidades asumidas en un contexto como el de Guatemala profundamente racista, clasista y patriarcal. Y como estaba vinculada al movimiento social, también me interesaba entender cómo vivía su lesbianismo frente al conservadurismo social, principalmente maya/indígena.

Los diálogos y conversaciones que entable con Adela se volvieron intensas. Teníamos en común ser mujeres mayas, pero también nuestra rebeldía al orden patriarcal establecido. Poco a poco nos sumergimos en profundas reflexiones sobre su

experiencia de lesbiana feminista y mi experiencia de irreverente sin límites.

Por la característica de mi trabajo, los días hábiles me tocaba vivir en contextos rurales de diversos departamentos de Guatemala y los fines de semana descansaba en la capital. Cuando Adela me contó de la existencia de bares gays-lésbicos en la ciudad capital, vi esa información como una ventana que cautivó mi pasión investigativa. Pensé que conocer espacios de distracción nocturna frecuentado por algunas lesbianas en la ciudad capital, podía ser un escenario idóneo para aproximarme a matices de sus formas de amar tan estigmatizadas, silenciadas y violentadas.

Y como me encanta bailar, acepté sumarme a los planes de Adela para bailar en bares gays-lésbicos (4) porque en esa época como ahora no había ni un solo bar lésbico en todo el país.

La primera vez que entré a un bar gay-lésbico, el recepcionista me preguntó preocupado: si estaba segura que quería entrar y si sabía de qué se trataba el lugar. Yo muy quitada de la pena dije que sí. Pero al ingresar, tanto gays como lesbianas me miraban con desconcierto. Así, caí en la cuenta que en todo el bar, yo era la única mujer maya visible porque andaba vestida con hüipil y corte.(5).

En otras ocasiones estando dentro de alguno de aquellos bares gays-lésbicos, tanto gays como lesbianas me abordaron inquietantes para saber si yo era lesbiana y cuando les respondía que no, me miraban con más dudas. Y así, mientras unos se atrevían a preguntarme directamente otras y otros me miraban con una mezcla rara de sorpresa y duda. Bajo esas circunstancias y en ese contexto tomé consciencia que el tabú del lesbianismo pesaba de manera extraña sobre quienes nos asumíamos mayas/indígenas. Parecía ser que en las mentes de muchos gays y lesbianas, en ese entonces y aún en la actualidad concebir que una mujer maya podía ser también

lesbiana no resulta tan fácil de conciliar.

Y aunque para esa época 2000 ya había incipientes iniciativas organizativas que abordaban el lesbianismo en Guatemala, por lo que supe, el enfoque étnico-racial no era uno de los ejes principales en el análisis y comprensión de esta realidad.

Después de un par de visitas a aquellos bares gays-lésbicos, constate que en vez de investigar, ¡resulté investigada! Especialmente porque escapaba a la regla de la imagen ladina/mestiza que prevalecía en tales bares. No obstante y a pesar de las circunstancias, haber frecuentado aquellos bares me sirvió muchísimo para profundizar mis diálogos y reflexiones con Adela Delgado acerca del ser lesbiana en Guatemala.

Mis reflexiones aumentaron por el impacto que me provocó observar a simple vista la forma en que se relacionaban las parejas de lesbianas en el interior de dichos bares. Sentí un sabor amargo y honda tristeza cuando vi que la mayoría de parejas que llegaban ahí, reproducían actitudes e imágenes heterosexuales. Había mujeres corporizando actitudes de típicos hombres machos portándose rudas y agresivas con su pareja. Observé que muchas de las que se asumían “machos” coqueteaban a otras y se sentían con poder de controlar con gestos agresivos a sus parejas, si éstas reían e intercambiaban miradas con otras/otros. Las que se pensaban hombres “machos” presumían imponer su poder sobre su pareja cuando pagaban las cuentas del servicio consumido.

Estando en los bares gays-lésbicos, asistí shows de bailarinas y bailarines que se desvestían seductoramente ante el público presente. En más de una ocasión me afligió ver que las y los que prestaban ese servicio eran adolescentes. Aún más me entristecía saber que algunas y algunos lo hacían más por necesidad de un empleo, que por la opción de ser lesbianas ó gays, o por el gusto de exhibirse ante públicos que las y los reducía a objetos sexuales.

Me inquietó ver que en esos espacios gay-lésbicos la presen-

cia de gays era mayor en comparación a la de lesbianas, era palpable que la mayoría de los gays que visitaban tales bares, frecuentaban con más constancia los bares y consumían con mayor holgura que las lesbianas.

Todas esas experiencias vividas y observadas en el contexto de los bares, me empezaron a doler en el cuerpo, y fueron motivos de reflexivas conversaciones con Adela y con otras amigas, que no necesariamente eran feministas y mucho menos lesbianas, pero sí sensibles a esta realidad.

Experiencias como las descritas anteriormente, me llevaron a comprender que no todas las lesbianas son feministas. Y que tampoco todas las lesbianas tienen una consciencia política de desestructurar la normativa heterosexual en sus relaciones de pareja y sociales, así como no necesariamente todas las “mujeres” que tienen por pareja a una mujer se asumen lesbianas.

Por otro lado, la construcción de mi amistad con Adela y con otras lesbianas, así como mi sensibilidad manifiesta por comprender las realidades lésbicas, tuvo un impacto emocional negativo en mi vida, principalmente porque experimenté actos de violencia e intrigas de algunas lesbianas feministas tanto guatemaltecas como europeas trabajando en Guatemala. Con el recurso de la intriga colocaron en tela de juicio mi amistad con lesbianas o mujeres con quienes me relacionaba, incluso llegaron al extremo de afirmar que yo sostenía relaciones amorosas clandestinas con lesbianas. Situación que repercutió negativamente en mi vida social porque perdí el vínculo con algunas amistades.

Comportamientos y procedimientos indignantes de parte de estas lesbianas, me hicieron tomar conciencia que el mundo lésbico y lésbico feminista, lamentablemente no está exento de racismo, de misoginia y abusos de poder etnocéntricos de parte de quienes se sienten “blancas”. Desde mi punto de vista, esta tendencia de querer controlar mi sexualidad y mis

relaciones sociales por parte de estas feministas “blancas” descansaba en un abuso de poder etnocéntrico, pues ellas al no considerarme su igual en términos étnicos y de clase, se adjudicaron el derecho de fiscalizarme valiéndose de mecanismos contrarios a la ética feminista. Estas experiencias me ayudaron a no mitificar y mucho menos idealizar los círculos lésbicos o lésbicos-feministas.

A través del contexto de los bares gays-lésbicos, empecé a distinguir que a pesar del conservadurismo, a inicios de 2000, varios gays tenían mayor libertad y condiciones económico-sociales para vivir con mayor libertad su opción sexual. En diversas ocasiones, al salir de los bares, observé a parejas de gays que salían a las calles aledañas tomados de la mano, acariciándose y besándose, pero difícilmente vi que lo hicieran parejas de lesbianas.

Eso me llevó a corroborar que a pesar del conservadurismo imperante en Guatemala, así como de las limitaciones culturales y políticas que la sociedad guatemalteca tiene frente al lesbianismo y la homosexualidad, los gays en tanto considerados culturalmente hombres, tienen a su favor, flexibilidades socio-culturales que les autorizan vivir con mayor libertad su sexualidad. Especialmente si se considera que en el imaginario social patriarcal a los “hombres” les es permitido decidir sobre su cuerpo y su sexualidad, mientras que a las lesbianas entendidas como mujeres difícilmente se les permite.

Tuve la oportunidad de realizar estudios de post-grado en Brasil y mi experiencia fue muy enriquecedora. Me encantó ver que a pesar del racismo, la violencia social, la exclusión económica, el moralismo y el machismo, las mujeres y hombres disfrutaban su sexualidad con mayor libertad que en Guatemala. Me llamó la atención que en la facultad donde estudié, había profesores gays y estudiantes lesbianas declaradas (6).

Además, para varias de mis colegas de estudio y amistades

que se asumían heterosexuales, no era tabú tener experiencias erótico-sexuales lésbicas y mucho menos frecuentar bares gays-lésbicos. Las heterosexuales no sentíamos presión por parte de las lesbianas si frecuentábamos ese tipo de bares o si teníamos amigas lesbianas.

No había en esos círculos, definiciones cerradas sobre ser heterosexual o lesbiana, lo que desde mi punto de vista daba condiciones para disfrutar de la sexualidad, libre de encasillamientos “políticos” y sociales. Esa flexibilidad de pensamiento en mis amistades y colegas universitarias me llevó a disfrutar con más armonía y alegría mi sexualidad y mi cuerpo.

Durante este nuevo proceso formativo, por requisito académico y por inquietud leí varios textos antropológicos y literarios, que registran la existencia del lesbianismo y la homosexualidad en diversos contextos mundiales, por ejemplo en pueblos nativos de Brasil, pueblos afrodescendientes, pueblos africanos, pueblos de la India, etc. Esto me permitió apreciar que tanto el lesbianismo como la homosexualidad han existido históricamente en la dinámica de las sociedades independientemente si son europeas o no.

Conforme fui entendiendo la complejidad de las sexualidades, profundizando en mis reflexiones político-feministas y ahondando en mi proceso de búsqueda y re-encuentro, a través de procesos de sanación, avancé en la descolonización de ideas patriarcales que habitaban no solo mi razón, sino también mis emociones y sentimientos.

A través de este proceso complejo y desde diversas perspectivas, decidí asumirme-vivirme lesbiana-feminista, porque para mí ser lesbiana adquirió un significado especial en mi opción política y espiritual de apostarle a la descolonización patriarcal desde mi cuerpo y mi sexualidad. Sin embargo, a pesar de la claridad de mi deseo-decisión, sentí inseguridad sobre las implicaciones que ello adquiriría para mi mundo

emocional y espiritual de cara a una sociedad global y local fuertemente racista, lesbofóbica y misógina.

A pesar de mis temores, decidí asumirme lesbiana, aunque supiera que la aceptación de mi opción sexual, no iba ser fácil. Especialmente porque asumirme lesbiana, definitivamente, implicó prepararme emocionalmente para que, además de lidiar con el racismo, yo pueda encarar sanamente la discriminación y exclusión lesbofóbica.

Por tanto, asumirme lesbiana-feminista, implicó un proceso profundo de reflexión emocional, política y espiritual, el cual fui madurando y decidiendo conforme agudicé en el análisis de mí actuar y pensar feminista. En ese sentido reivindico que soy lesbiana feminista, por opción política y no por *orientación sexual*, porque para mí, la expresión *orientación sexual*, anula mi capacidad de decidir sobre mi propio cuerpo. En otras palabras y parafraseando a Norma Mogrovejo (2000), me asumo lesbiana política porque rechazo conscientemente el patriarcado, los roles tradicionales asignados a las mujeres y porque me rebelo ante las limitaciones que nos han impuesto a las mujeres sobre el control de nuestras propias vidas.

Considero que prefiero vivir mi lesbianismo, en vez de negarlo y someter mi cuerpo a la lógica heterosexual. Especialmente porque asumo que re-pensar cómo quiero tocar la vida con mi cuerpo, conlleva necesariamente respetar lo que realmente me da placer sexual, espiritual y emocional.

Finalmente, puedo decir que he ido confirmando que comprender y conocer cómo mis emociones influyen en el bienestar físico de mi cuerpo y cómo son de importantes para conocer su lenguaje, es fundamental para entender que todas las dimensiones de mi ser están estrechamente interconectadas entre sí.

Por esa razón asumir mi cuerpo como un territorio político,

es un aprendizaje cotidiano e incesante, que ha requerido mucho amor, fuerza de decisión y valor para renunciar a lo que atenta contra mi salud corporal, espiritual y emocional. Y de esta manera me propongo seguir respetando la particularidad del estilo rítmico y vibrante de este cuerpo con que toco la vida.



NOTAS

*. La versión preliminar del presente texto fue presentado en el II Encuentro Mesoamericano de Estudios de Género y Feminismos. El cual se llevó a cabo en Guatemala del 4 al 6 de mayo del 2011. Agradezco a Jules Falquet por invitarme a profundizar en mis reflexiones y animarme a publicarlo.

1. A principios de la década de los 80 la población guatemalteca era de 6.819,786.
2. En Guatemala, habitan 22 pueblos de origen maya, vinculadas histórica y políticamente entre sí.
3. En Guatemala, la mayoría de quienes se asumen ladinas/ladinos se caracterizan por negar su mestizaje tanto biológico y cultural, aunque en su mayoría son descendientes de españoles e indígenas, tienden a defender la idea de pureza de sangre y de ser descendientes directos de españoles sin mezclas. Por otro lado, la identidad ladina ha sido utilizada como sinónimo de superioridad frente a los mayas/indígenas y es la identidad que sustenta el ideal de Estado-nación guatemalteco. Sin embargo, en el contexto de la negociación de los acuerdos de paz que dieron fin al conflicto armado interno entre el ejército y la guerrilla, y en el marco de las discusiones políticas del carácter de las relaciones interétnicas en Guatemala, así como de las políticas de acción afirmativa, muchas personas identificadas como ladinas han iniciado a nombrarse mestizas como una forma de reconocer su mestizaje. De acuerdo a esta explicación en este texto he preferido utilizar los dos términos a modo de incluir las dos posturas vigentes en la actualidad guatemalteca.
4. Entre los más frecuentados en esa época, estaban el bar Efebus y El Encuentro, que se localizaban en el centro histórico de la ciudad capital.
5. En Guatemala, la vestimenta étnica es uno de los marcadores más visibles para identificar a mayas/indígenas de ladinas/mestizas, esta vestimenta se compone del hüipil (sinónimo de blusa) y corte (sinónimo de falda, pollera, etc) pero por factores económicos, políticos y de racismo, ya sea por escasos recursos, por protección ante el racismo o por opción política, no todas las mayas/indígenas visten cotidianamente esta vestimenta. Pero también sé de casos de mujeres mayas/indígenas que son lesbianas no públicas que cotidianamente visten güipil y corte, pero cuando frecuentan bares gays-lésbicos optan por vestir ropa occidental para pasar desapercibidas.
6. Aclaro que no en todas las facultades había apertura a las otras opciones sexuales que no son heterosexuales. Por ejemplo en facultades de ingeniería y mecánica, la lesbofobia y homofobia eran palpables.

Referencias bibliográficas

Comisión para el Esclarecimiento Histórico. *Conclusiones y recomendaciones del Informe Guatemala 'Memoria del Silencio'*. Guatemala, 1999.

Espinosa Miñoso, Yuderkys. “*Los cuerpos políticos del feminismo*”. Ponencia presentada en el Noveno Encuentro Lésbico Feminista de Latinoamérica y del Caribe. Guatemala, octubre 2010.

Kolbenschlag, Madonna. *Adiós bella durmiente. Crítica a los mitos femeninos*. Editorial Kairós, Barcelona, 2000.

Lorde, Audre. “Lo erótico como poder”. *Fempres*, 1995.
[“The Power of the Erotic” fue publicado en el libro de ensayos *Sister Outsider / Hermana marginal*.]

MacKinnon, Catharine A. “Sexualidad”. Título original: “Sexuality”, in: *Toward a Feminist Theory of the State*, Harvard University Press, Harvard, 1987, pp. 127 - 154.

Marquier, Annie. *El poder de elegir o el principio de responsabilidad*. Ediciones luciérnaga, Barcelona, 2000.

Mogrovejo, Norma. *Un amor que se atrevió a decir su nombre*. México, D.F. Editorial Plaza y Valdés, México, 2000.

Pisano, Margarita. “*De una buena vez, salirnos del patriarcado, juzgarlo y botarlo*”. Charla impartida en la Casa del Profesor, Santiago de Chile, enero de 2010. Transcrita y editada con la colaboración de Andrea Franulic.

Rich, Adrienne. “La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana”, in: Marysa Navarro, Catherine R. Stimpson (comps) *¿Qué son los estudios de mujeres?*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1980.

Brecha Lésbica es un colectivo autónomo y sin fines de lucro que asume el lesbianismo feminista como postura política, que pretende deconstruir el patriarcado como sistema de opresión con todas sus instituciones e ideologías. Nuestra perspectiva interrelaciona el sexo, la raza, la clase y la sexualidad como categorías políticas y teóricas que explican la subordinación de las mujeres y las lesbianas dentro de contextos históricos específicos.

Es un espacio que se inicia en el 2002 con una visión internacionalista, buscando con ello establecer solidaridades políticas entre lesbianas y mujeres de varias partes del mundo que tienen un pensamiento y una acción crítica y radical frente a todas las formas de dominación como lo son el sexismo, el racismo, el clasismo y la heterosexualidad obligatoria.